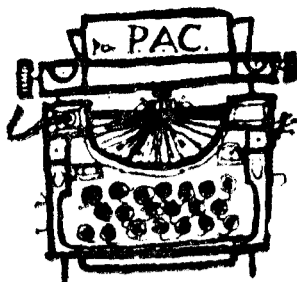


escrito a máquina

1929-1930



Hace cuarenta años, en el transcurso de 1929 a 1930 es cuando comencé como escritor —creo yo— a percibir el mundo que me rodeaba. Anteriormente la poesía para mí era solamente una manera de estar enamorado (y un amor adolescente es el régimen más totalitario que puede imponerse a un corazón humano). Cuando reviso mi memoria —tan propensa a engañarme—, cuando leo viejos diarios o revistas de esos años, algunos sucesos, algunas fisonomías, algunos nombres me parece que realmente pertenecieron a Mi tiempo, no porque me sean conocidos o porque los reconozca, sino porque se me convierten en llaves mágicas —en “sésamo ábrete”— de grandes o de pequeñas zonas de mi vida completamente olvidadas. Seguramente he visto muchas veces, en años siguientes, fotografías de Lon Chaney —“el hombre de las mil caras”, el héroe de un cinemelodrama que nos electrificaba a los muchachos de 1929— pero una vez que, por curiosidad, fui a ver de nuevo, en un cine de Madrid, hace pocos años una vieja película de Chaney de aquella época, comprendí que era un elemento integrado a mi vida porque los recuerdos que me removía trayéndolos a primer plano eran tantos que casi sepultaban al mismo Lon Chaney, inocente con sus burdas caracterizaciones, del poder mágico que tenía sobre mi subconsciente. Clara Bow, la “flapper”, la niña que monopolizaba el “it” de entonces, a cuántos de mi tiempo les hará reconstruir, revivir o recordar no la fisonomía pispireta de Clara Bow, sino la de las niñas reales que amábamos a través de ella?

Pero cuento esto para preguntar cómo es que el mundo ambiente se filtra en el alma y la vida de un muchacho de 15 o de 17 años a ese primer encuentro descubridor? Yo sé ahora que el guión 1929-1930 fue mi comienzo del Siglo XX y creo que fue también entonces que comenzó este Siglo XX a “dar su medida”. Había pasado la primera gran Guerra Mundial. Los últimos restos del Siglo XIX —las largas colas de sus vales, las rosas mustias del mal del fin de siglo y sus ojeras, el azul optimista y la seguridad burguesa con sus bombines— habían sido reducidos a ceniza en la conflagración. Precisamente en ese año 29 aparecía y se convertía en “best seller” la novela-inventario del asco, la inutilidad y el desastre de esa guerra: “SIN NOVEDAD EN EL FRENTE”. Luego, lo que quedaba de aquel viejo capitalismo decimonónico había quebrado estrepitosamente en el colosal “crash” de 1929. Las hélices del Siglo XX comenzaban a moverse con su loca velocidad; despegaba el siglo ¿hacia dónde? Se suicidaban los millonarios, el imperio de los gángsteres —All Capone, Frank Costello . . . — llegaba al meridiano; surgía la “flapper” y la minifalda; el cigarrillo dejaba de ser una liturgia recatada y con horario para convertirse en uso y abuso que llena de humo el mundo; se bebe caudalosamente; el beso se sale del tálamo para convertirse en final de todas las películas; el baile se vuelve agitado como una coctelera; el automóvil comienza a convertirse en el centauro de nuestra era, animal mitológico mitad velocidad, mitad erotismo . . .

Mientras tanto, sobre la barda prohibida de la Rusia mugrienta comienza a levantarse el rostro de un emperador proletario. Stalin, amo absoluto del poder comunista desde 1924, es ya un amenazante poder mundial. Mussolini, que ha marchado sobre Roma en 1922 es ya también un Poder, una Revolución y un Mito que contagia al mundo. La crisis norteamericana del 29 se extiende sobre Europa y produce la angustiada situación alemana en cuyo caldo nace y crece el nazismo. Hitler está a las puertas. Comien-

za, pues, en 1929-1930 a perfilarse la fisonomía del gran monstruo de nuestro siglo: EL PODER POLITICO. Una mente lúcida de esos años profetiza lo que viene: “el desarrollo del terror, la eliminación progresiva de toda tendencia contemplativa y de la intimidad fecunda y creadora, la deshumanización, la apelación a las grandes fuerzas telúricas o irracionales, el poder de los “slogans”, la solidaridad estéril de hombres mecánicos radicalmente solitarios frente a un Estado hostil en permanente estado de sitio...”. Era el terrible y demoníaco mundo del PODER presentido unos años antes por Kafka. ¿Cómo llegaba a nuestro corazón ese sordo retumbo de la historia que preludiaba el gran cambio? No de una manera directa, no por el análisis o la reflexión, sino como imponderables fuerzas que nos agitaban y nos inquietaban impulsándonos a la rebeldía y a la inconformidad . . . “pues todos, confesándolo o no —como decía Hermann Hesse en “Demian”— una novela de esos años — sentíamos cercano y perceptible ya, un ocaso de lo actual y una nueva aurora”.

En Nicaragua, 1929 significaba la llegada al poder del Partido Liberal con Moncada. Era el derrumbe de una pequeña etapa provinciana de nuestra provinciana historia, pero en nuestro país intervenido, rodeado como una isleta por el rugiente mar de una época mundial que comenzaba a desarrollarse, la pequeña novedad de un partido en el gobierno no criaba esperanzas sino inquietudes. Las fogatas de Sandino en la montaña iluminaban con destello dramático el sentido de lo nacional y nuestra incipiente poesía fue con esa luz que comenzó a buscar, en la oscuridad de nuestro destino, los elementos nicaragüenses que necesitaba para expresarse.

Del mundo nos llegaba una agitación literaria sin precedente. Las primeras noticias del Dadá, del Surrealismo, del Futurismo, de Joyce (esas primeras noticias de “lo nuevo” que tienen con frecuencia más poder revolucionario en el corazón del joven que el conocimiento reposado de las obras en sí). Había que experimentar cómo expresar ese mundo naciente que presentíamos entre maravilloso y terrible.

Pero fue entonces que comenzamos a percibir su velocidad. Fue entonces que el avión sonó con un sonido alarmante para el ritmo del hombre. Ya no volveríamos a vivir los años con el calendario lento y patriarcal al cual se había acostumbrado nuestra niñez sumergida en la última etapa de la última herencia colonial. De ahora en adelante cada día, cada año iba a comenzar a moverse en progresiva aceleración. Cada lustro iba a tener más densidad y contenido que un siglo. Cuando pienso que yo fui testigo del primer automóvil y del primer avión en Nicaragua y que luego vi en televisión la llegada del hombre a la Luna, me parece que soy como el personaje de Virginia Woolf: Orlando, que cambiando individualidades es el mismo personaje a través de varios siglos, o bien Ulises, de Joyce, que necesita cerca de mil páginas para cruzar la densa odisea de un solo día. Y es que en ese espacio entre 1929 a 1969 se han desarrollado acontecimientos, conocimientos, ciencias, situaciones y técnicas —algunas absolutamente nuevas— que el hombre necesita un poco de reposo, una baranda férrea donde coagarse para no ser dispersado por la fuerza vertiginosa de la historia . . . pero no hay descanso y las hélices del Siglo XX giran y giran y el poeta, “héroe de manos amarradas” cruza sin sostén ni asidero por el torbellino de un siglo que cambia, que cambia y que no cesa de cambiar . . .

PABLO ANTONIO CUADRA